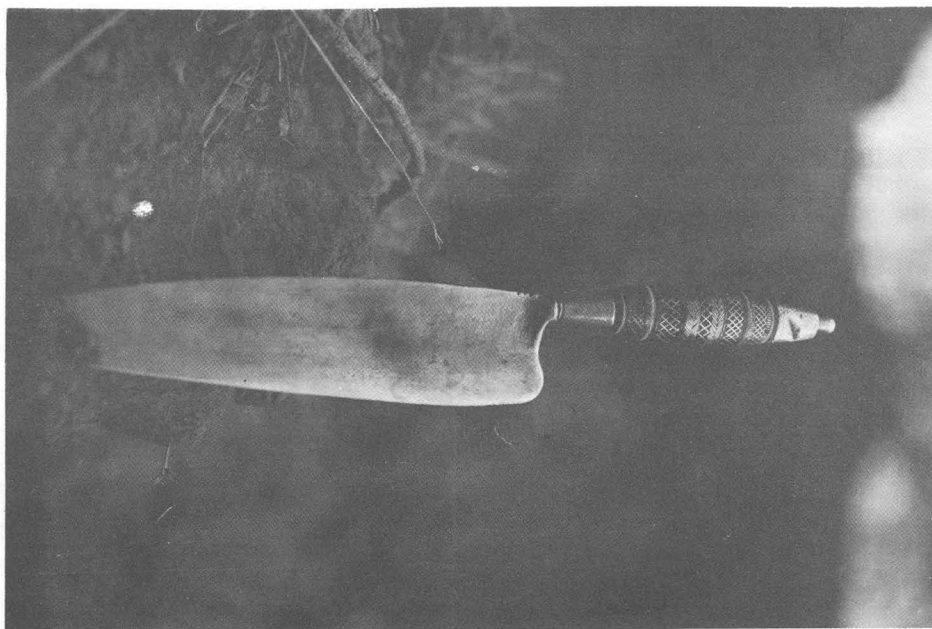


**E**n las islas Canarias, debido al retraso del desarrollo industrial aún en sus prolegómenos, los fenómenos de la transformación de la artesanía son más recientes que en las áreas de mayor nivel de vida y de más afluencia turística, donde aquéllos se han dado ya con mayor fuerza.

Es de esperar que, sin tardanza, si se quiere mantener viva la artesanía tradicional, por otro lado manifestación clara de la idiosincrasia de un pueblo, en este caso el canario, se palie, al menos en parte, la crisis originada en los oficios más comunes, potenciando la creación de agrupaciones gremiales artesanales que mejoren su forma de vida. Aunque tales remedios, si se llevan a efectividad, desvirtuarán ciertamente ese sencillo "arte del pueblo", para convertirlo en "artesanía popular".



Cuchillo Canario

# Artesanía popular canaria

Al paso de los siglos, la artesanía recogió fielmente el carácter de los pueblos que la practicaron puesto que en ellos nació y en y para ellos se desarrollaba; comprendiéndose que cada pueblo tuvo siempre que adaptarse a los medios y a los materiales de que disponía en su propio entorno, imponiéndole a las manufacturas su impronta, su sello característico y aun el reflejo de su peculiar idiosincrasia.

En las islas Canarias, la escasez y pobreza de los materiales a emplear, tanto en épocas prehistóricas como después de haber sido incorporadas al mundo occidental, así como la simplicidad y rusticidad de la vida campesina, han creado una artesanía simple y elemental, aunque tan funcional como la que más y que ha valido para que el canario de ámbito rural y dentro de su propio hábitat lo disfrutara con sencilla aceptación. Esta sencillez, tanto en los materiales como en su confección, ofrecen un atractivo y encanto singulares, hoy así reconocido por nosotros, la gente de las ciudades isleñas y por el turista, tanto peninsular como extranjero que hacemos acopio y demanda de esta artesanía tradicional, convertida por las circunstancias ya indicadas en "artesanía popular canaria".

Las modalidades más destacadas de la artesanía popular canaria son, como sabemos, la cerámica,

los calados y bordados, la cestería, la madera y el metal en sus variantes de forja, latonería y cuchillería.

A pesar de ser posiblemente la artesanía de los calados y los bordados la más conocida fuera de las islas, yo, en particular, destacaré en primer término la de la cerámica, por lo bello de su impronta, aunque simple, de sus formas y por lo que tiene de entronque con la realizada ya por los aborígenes isleños y la actual, que aun sigue, en muchos casos, confeccionándose siguiendo iguales o muy parecidas técnicas.

En mi carácter de aficionado a investigar en el pasado prehistórico de las islas Canarias, más que a estudiar, por ejemplo, la artesanía rural actual que hoy me atrevo a sacar a colación aquí, el tema de la cerámica aborígen canaria me ha seducido de tiempo atrás y ello por las connotaciones que puede haber tenido con respecto a una teoría, una de las muchas que se han estado esgrimiendo por los etnólogos, de posibles transmigraciones canarias prehistóricas hasta el otro lado del Océano Atlántico y que, de todas formas, todavía sigue siendo un fascinante enigma, que quizás se aparte algo del eje central del tema que me ocupa, pero que no me resisto a la tentación de contar aquí.

Sabido es que la técnica de la cerámica, del barro cocido, fue común a casi todos los pueblos de la antigüedad, porque en el periodo

de transición que hubo entre el Neolítico y la Edad de los Metales, al convertirse paulatinamente los hombres, de cazadores y pastores nómadas, en agricultores, surgió aquélla como un elemento necesario de la vida cotidiana y comunal.

Se confeccionó con barro y arcilla no sólo el utillaje doméstico, sino también el considerado como un elemento más de ritos religiosos, ornamentos diversos y representaciones idolátricas para el culto. Es el estudio de la cerámica en alguna de las enunciadas aplicaciones lo que lleva a la conclusión de que este elemento cultural pueda ser un punto más de conexión entre el Viejo y el Nuevo Mundo, pasando acaso para ello a través de las islas Canarias. Citaré, como apoyo de lo que digo, los casos de los vasos con mango vertedero y las esculturas de figuras femeninas perniabiertas.

Las vasijas o vasos de barro cocido, conocidas en las islas por —gánigos— vocablo indudablemente aborígen, aun siendo afines a toda la cultura neolítica, se presentan con carácter singular en la ruta que interesa destacar, pues los utensilios de esta especie examinados ofrecen la particularidad de estar adicionados con asas o mangos huecos que hicieron el servicio de vertederos del líquido contenido en sus singulares configuraciones.

Los hallazgos de estas vasijas se han venido detectando en el

marco geográfico, cronológico y de perfeccionamiento progresivo siguiente: los más antiguos en el Oriente Medio, en la Elam prehistórica cuya civilización llamada de Susa por su legendaria capital, se pierde en la bruma de los tiempos.

Luego aparecieron vasos de este tipo en Creta, en las dos márgenes del Mediterráneo. Y siempre en dirección Oeste, hasta llegar al archipiélago canario.

Y prosiguió su pista ya por tierras americanas, en constante proceso de perfeccionamiento, hallándose verdaderas obras de artesanía, decoradas con profusión de dibujos geométricos, desde el Yucatán y La Florida hasta más abajo de Venezuela, siguiendo la cuenca del Amazonas, uno de los mayores y más destacados yacimientos de estos vasos con mango-vertedero.

En cuanto a la figura femenina sentada, con las piernas muy abiertas, destacando generalmente con exageración el sexo y el abdomen y que en diferentes civilizaciones arcaicas fue venerada como la Diosa Madre o Diosa de la Fecundidad, es contado el número de estatuillas que se han encontrado en Canarias, de apenas unos centímetros de talla y algunas veces sin brazos ni cabeza.

Pues estas esculturas, confeccionadas casi siempre en barro, aunque se conozcan algunas de piedra o talladas en madera al igual que los vasos con mango vertedero y esas misteriosas y fascinantes pintaderas canarias que merecen mención aparte, aparecieron siguiendo el proceso conocido de Este-Oeste, comenzando sus hallazgos en la Mesopotamia y desplazándose a Creta, por el Mediterráneo y aun, tal vez, a través del Sahara, hasta las islas Canarias para encontrarse luego en las zonas del Nuevo Mundo, vivero de culturas andinas; perfeccionándose, y estilizándose de tal forma que en el orden cronológico fueron metamorfoseándose hasta convertirse en jarras, representando las asas de las mismas como brazos arqueados que terminaban apoyados en las piernas muy abiertas.

Pues bien, según se desprende de las informaciones llegadas a nosotros, los instrumentos de los aborígenes canarios, así como todo tipo de utensilios para su uso doméstico, eran por lo común muy toscos y rudimentarios, de hueso, madera, piedra tallada, fonolita de los barrancos y de barro cocido. Todo formando parte de los ajueres en una tipología que ofrecía escasas variaciones.



Su cerámica, no obstante, era de gran riqueza de formas, decorada y aun pintada en algunas zonas localizadas como las de Gran Canaria, considerándose también como exclusivas de esta isla las llamadas pintaderas, objetos de barro, piedra o madera con motivos ornamentales vaciados o en relieve y que, según se presume, fueron utilizadas por los canarios para tatuarse y también como sellos signo de propiedad.

La cerámica aborígen de la isla de La Palma parece sugerir una clara interdependencia con la de la costa cercana y frontera del Sahara porque en los dos casos es de una manufactura tosca y muy simple, de superficies lisas por lo general o decoradas con incisiones, acanaladuras y relieves, tal como se vieron en las de otros pueblos aborígenes de África del Norte. Y en la isla de Gran Canaria, la cerámica era mucho más variada y perfeccionada, con decoraciones geométricas y bruñido especial, muy parecida a la de los diversos vasos decorados al almagre que se han localizado en algunos puntos del Mediterráneo.

En la isla de Tenerife se han encontrado unos vasos, supuestamente empleados para el ordeño de las cabras y ovejas, que ofrecían marcado paralelismo con unos que se localizaron en la isla de Chipre. La cerámica más tosca, lisa, de fondo ovoide, que pudo proceder de los primeros grupos humanos llegados acaso a través de África, se encuentra preferentemente en Tenerife, la Gomera y el Hierro. Otro tipo de cerámica incisa, además de en La Palma apareció en Lanzarote y Fuerteventura, como tosca aportación de pequeños grupos migratorios de los más recientes, que también debieron de proceder de las costas saharianas.

El cronista Antonio Sedeño, contemporáneo de la Conquista de las islas, dejó dicho que los canarios aborígenes, "...tenían mujeres dedicadas... para hacer la loza que usaban, que eran tallas como tinajuelas para agua; haciéndolas a mano y almagrándolas y estando enjutas las bruñían con piedras lisas y tomaban lustre muy bueno y durable; hacíanles grandes y pequeños trazos y también hacían pla-

## Artesanía popular canaria

*tos, todo muy tosco y mal pulido; a las ollas para el fuego y cazolones no daban almagre; después de esto hacían un hoyo en la tierra y encima hacían lumbre por un día y medio o el tiempo necesario para cocer su loza y servía muy bien”.*

En la Crónica de la Conquista atribuida a Gómez Escudero y compuesta, al parecer, alrededor de 1.550, se dice que las mujeres canarias aborígenes, “...hacían ollas y cazuelas de barro y tostadores de greda parda con arena y molinillos que labraban con piedras vivas”.

La cerámica típica canaria fue desde el tiempo de los aborígenes isleños el principal aspecto de las manufacturas nativas. Y después de la conquista e incorporación de las islas a la Corona de Castilla, siguió confeccionándose empleando casi los mismos materiales y las técnicas legadas de los antepasados, hasta llegar a los tipos variados de la cerámica canaria actual que, si bien es cierto que empleando a veces el torno, sigue su tradición artesanal de una forma esporádica por todas las islas, pero principalmente en ciertas localidades de Lanzarote, en Chipude de la Gomera y en La Atalaya y la Hoya de Pineda en Gran Canaria, por citar algunas de las zonas más características en esta producción alfarera. Diversos artistas canarios, y ahora me viene a la mente el malogrado pintor galdense Antonio Padrón, han estado investigando, tratando de lograr con lo que sabemos de los procedimientos de cochura practicados por los indígenas canarios, los mismos o parecidos resultados. En las vitrinas del Museo Canario pueden admirarse distintos y hermosos ejemplares de lo que fue la cerámica aborigen. Hoy, los objetos artesanales más abundantes construidos en barro y que entran en la cerámica tradicional isleña suelen ser las macetas, los asaderos, los braseros, los sahumeros, los tientos tostadores, las bandejas, escurridores de papas, tarros para bizcochos, jarras de ordeño, bernegales, gánigos, ollas para la leche y ollas para las castañas.

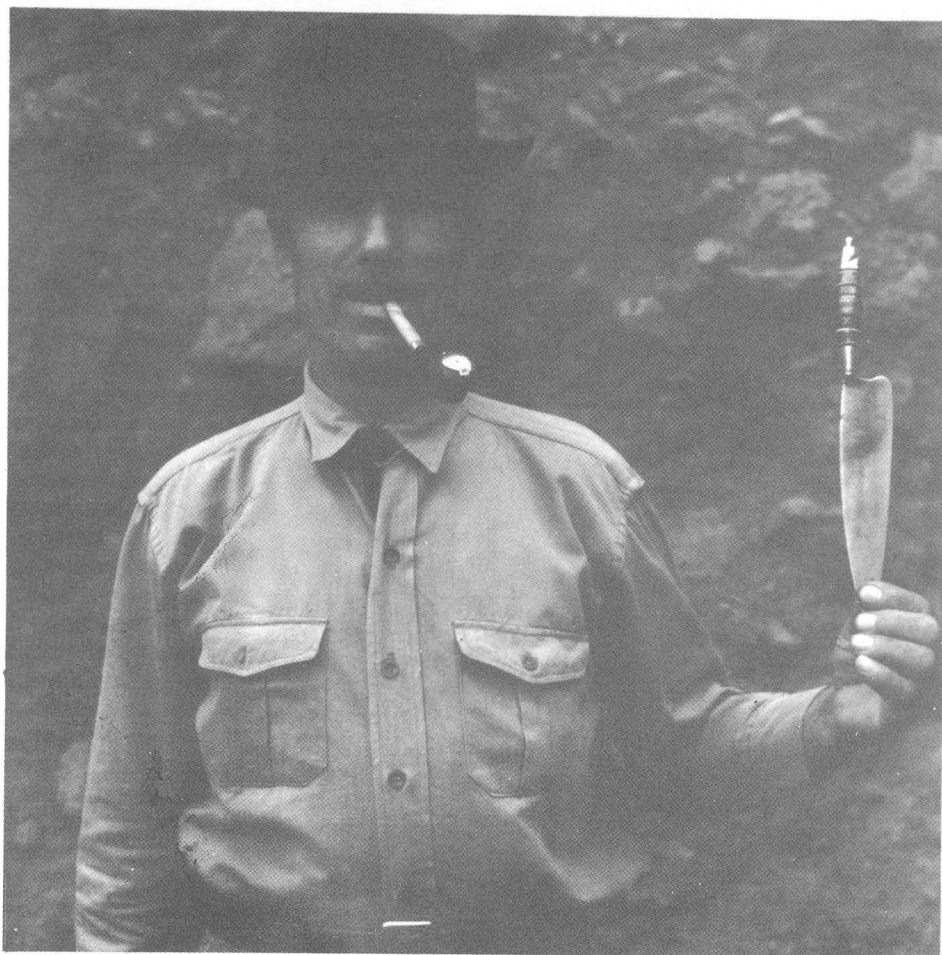
En algunas concretas zonas de las islas también se está iniciando una industria alfarera familiar dedicada a las reproducciones de los objetos de barro de la cultura prehispánica canaria que hasta nosotros han llegado, propios hoy para fines meramente decorativos.

De la artesanía popular y tradicional canaria que no arranca del ancestro del pueblo aborigen sino de las épocas posteriores a la conquista y colonización de las islas, salvo muy escasas excepciones y que, naturalmente, hubo de ser traída por los componentes de los distintos pueblos peninsulares (andaluces, castellanos, catalanes, gallegos, portugueses, etc.) y que necesariamente se adaptó al nuevo medio ambiente creado, es de las más destacadas hoy en día la de los calados, siguiéndole luego la de los bordados, de las tejedoras de trapeiras y de la seda. Todas las islas ofrecen por igual gran variación y riqueza en las distintas labores del calado canario tan originales y muy apreciadas de propios y extraños, realizadas en manteles, centros de mesa, blusas, trajes típicos, ropas de cama, etc. A la gentil información que me facilitaron artesanas de Agüimes y de Guía debo el que ahora pueda nombrar aquí esos trabajos primorosos que se conocen como “rehilo y flor”, “redondillo y flor”, “redondillo majorero”, en las variaciones o variedades de “hebra”, “galleta”, “madregal” y “fino”; trabajos hechos siempre por manos femeninas en telas de hilo o lino. Conjuntamente con los calados, se realizan en los talleres

familiares canarios esos bordados típicos inigualables sobre manteles, centros de mesa y ropas femeninas en sus múltiples variaciones de dibujo geométrico puro y de paisajes, flores o figuras y que se conocen por estilos “aironado” o “filitiré” o el eufónico de “richelieu”. Las zonas de las islas más destacadas en estas labores de calados son localizadas por Ingenio, Agüimes, Telde, Moya, Guía y Gáldar en Gran Canaria; La Guancha, Los Realejos y La Orotava en Tenerife y en La Breña y Tzacorte en La Palma. Para los bordados, Hermigua en la Gomera y Mazo, Breña Alta y Fuencaiente en La Palma, así como algo en Tenerife, Gran Canaria y Fuerteventura.

Una variante muy vistosa en este tipo de artesanía netamente femenina son los encajes, como por ejemplo, los del tipo “macramé” que se hace por los Altos de Guía en Gran Canaria; y el de “rosetas” en Lanzarote. El primero es por medio de hilos anudados muy artísticamente, nudos marineros, se me dijo y el segundo, usando para su composición numerosos alfileres ingeniosamente dispuestos para entretejer el hilo.

Los telares, las tejedoras o “telcelanas” como alguna vez creo haber oído llamárselas en La Palma,



Campeño de Guayadeque con el típico cuchillo canario



Taller de artesanía de Hermigua

son en la actualidad muy escasos, aunque su labor todavía se puede observar en capas y mantos pastoriles, en mantas traperas, alfombras y alforjas. De todas formas, pretende resurgir esta labor tan interesante en pasados tiempos y ya se confeccionan de nuevo prendas con lana de oveja cuales chaquetas, bufandas, bolsas, etc., y los centros de esta producción artesanal isleña son principalmente en Tenerife, La Palma, Gomera y Hierro.

En cuanto a la elaboración de la seda para confección de pañuelos, chales y otras prendas de vestir, se centraliza casi por completo en El Paso, La Palma.

La cestería, otro capítulo importante en la artesanía popular canaria, quizás tenga reminiscencias en las primorosas labores de juncos de los antepasados aborígenes isleños, aunque la tipología actual es ciertamente parecida a la de los distintos pueblos peninsulares y se suele confeccionar con materiales variados tales como finas ramas o varas, tiras de caña, hoja de palma, juncos, paja y mimbre en objetos tan prácticos y necesarios como cestas del pan, de la ropa, para recoger fruta; cestos de mano con o sin tapa, canastas, serones y raposas, balayos, abanadores, costureros, fundas para los sahumeros, esteras, etc. Y jaulas para pájaros y nasas y tambores de juncos para la pesca. Hay talleres familiares de cestería en casi todas las islas del archipiélago, destacando no obstante los de paja en La Palma, Tenerife y Gran Canaria. De varas en Tenerife y La Palma. Y de caña, junco y mimbre en La Palma y el Hierro.

La confección de muebles, útiles domésticos y aperos de labranza, que por su condición funcional ha sido afín en todas las islas,

así como también la de la talla de la madera y construcción de instrumentos musicales, de larga tradición, ha ido desapareciendo, aunque últimamente parece anunciarse un paulatino resurgir, sobre todo en muebles, en Tenerife. Instrumentos musicales en Gran Canaria y, especialmente, los típicos timples en Lanzarote y las ancestrales chácaras en la Gomera. Tallas y reproducciones de antiguos objetos del ajuar familiar, en Tenerife. Y útiles como platos, cucharas, queseros y miniaturados balcones canarios o arcones en Gran Canaria, Tenerife, la Gomera y La Palma.

El trabajo artesanal del metal, en sus variantes de la hojalatería o "latonería" en objetos como las lecheras, los foniles o los faroles ha sido común en todas las islas, pero casi ha desaparecido por completo. En cuanto a la forja y especialmente a la cuchillería que es una obra artesanal genuina canaria, con modelos muy vistosos, de gran afiligrinado, tiene su tradicional foco de manufactura en Guía, Teror y Telde, en Gran Canaria.

Creo que la artesanía popular canaria, como la de otra cualquiera región o país ya industrializado, o en vías de ello, es merecedora de toda nuestra atención, beneplácito y ayuda posible. Porque encierra un importante valor intrínseco para un sector de nuestra economía. Porque nos hace evocar lo tradicional y querido de nuestros mayores. Porque es la manifestación plástica de un nuevo arte decorativo. Y porque, en definitiva, logra en muchos casos, el deseo congénito de quien la trabaja, de sentirse plenamente realizado.

**CARLOS PLATERO FERNANDEZ**



Nuevo número de la

## REVISTA DE HISTORIA CANARIA

La más reciente etapa de la "Revista de Historia Canaria", que edita la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, se viene caracterizando por la publicación de un conjunto de documentados trabajos producto de la labor de nuevos licenciados y doctores surgidos especialmente de las secciones de Historia e Historia del Arte de dicha Facultad. De acuerdo con un criterio iniciado hace varios años estos trabajos se vienen proyectando fundamentalmente hacia el estudio de la geografía, la prehistoria y la historia insulares y de lo acertado de esta programación es, en parte, testimonio el "agjornamiento" de la expresada publicación.

El número 172 de la "Revista de Historia Canaria" es buen exponente de lo antes indicado. Temas de arqueología, antropología, historia, geografía y literatura relacionados con nuestro Archipiélago integran esta nueva aparición de la revista que dirige don Antonio Bethencourt Massieu y de la que es secretario don Julio Hernández García. Entre los diferentes artículos que lo componen nos llama la atención un estudio sobre "El trabajo del junco y la palma entre los canarios prehispanicos", original de Bertila Galván Santos, en el que la autora ofrece un análisis sistemático de los tejidos (esteras, cuerdas, bolsas, etc.) que sirviéndose de aquellas materias vegetales realizaban para su uso cotidiano los aborígenes del Archipiélago, fundamentalmente los de la isla de Gran Canaria, de los cuales se conservan excelentes piezas en el Museo Canario. En lo que se refiere a arqueología, los grabados rupestres descubiertos en Tindaya (Fuerteventura) son estudiados por Mauro S. Hernández Pérez y Dimas Martín Socas.

En el orden de la sociología se publica un trabajo sobre estructura familiar y alianzas matrimoniales actuales en un pueblo de Tenerife, realizado por Alberto Galván Tudela, mientras que Luz Marina García y Teresa Pulido ofrecen un artículo sobre los barrios de urbanización marginal de Santa Cruz.

Completan el número un estudio sobre la historia de la Diócesis de Tenerife por María F. Núñez Muñoz; un trabajo biográfico sobre Antonio María Manrique realizado por Rafael Muñoz Jiménez, y un artículo sobre antiguos autores canarios por Alejandro Cioranescu, además de las habituales reseñas bibliográficas y los comunicados a la dirección.